

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO

Per el Excmo. Sr. GUILLERMO ESCOBAR VELEZ

(En el homenaje que la Universidad rindió a su Excelencia con motivo de su exaltación episcopal).

Lo primero ha de ser cumplir ya un imperativo deber de conciencia pastoral repitiendo aquí Ilmo. Sr. Rector, con vuestra venia, algo ya oído por vuestra autoridad: los caminos de Dios son siempre los mismos; la Divina Sabiduría no tiene como esta tonta humana sabiduría tanteos y experiencias; se lanza a la realización de sus ideas eternas siempre por los mismos caminos de adorable simplicidad. Un tartamudo fue el elegido para caudillo del pueblo guardador de la gran promesas del Mesías. Un pobre viajero, hijo de la mínima familia de Benjamín, afanoso buscador de asnas perdidas por valles y colinas, cambió en insospechado momento para su tímida conciencia, el ardor de la jornada, el sudor de la frente y la fatiga del largo viajar, por la sorpresa de una redoma de aceite consagrante, totalmente vertida sobre su cabeza, en tanto que un profeta le decía: has sido escogido para ser Rey de Israel. Con arrestos impetuosos desafiaba un gigante a los tímidos israelitas y un bello adolescente con piedrezuelas limpias extraídas del vecino arroyuelo, y en seguida con magia puestas en la honda triunfadora, vence golpeando la frente del gigante con el ademán sencillo aprendido en el campo mientras se daba a las usanzas del pastoreo. A un noble viejo se le presenta el profeta para consagrarle a uno de sus hijos; se da a llamarles a todos; desfilan frente al hombre enviado por Dios; el viejo padre de familia en ellos se complace; qué alegres, qué erguida su talla, qué noble su faz; y en terminado el desfile de los esbeltos hijos, el profeta que habla en el nombre del Dios de la verdad, le tiene que decir: entre ellos no está el escogido, tiene que faltar alguno; de verdad, falta el más pequeño, cuidador de un rebaño en un campo solitario; y lo que así, en historia del viejo testamento, dejó escrito el criterio de Dios, lo repitió el Espíritu Santo en frase de verdad eterna: La necedad del mundo la buscó Dios para confundir la humana sabiduría; la debilidad del hombre la tomó Dios con su brazo y la hizo robustez, para

confundir la fortaleza humana; se abajó la mirada divina a lo que no es y en mirando lo que no era, confundió con el hacer de la nada a lo que es del mundo, para que así, agrega el apóstol, escribiendo a los corintios, nunca el hombre se pueda gloriarse en propias fuerzas.

Señor Rector, Honorable Consejo Directivo, hermanos sacerdotes, bolivarianos muy dilectos, estudiantes: Es el criterio de Dios. Esta la explicación de esta sorpresa, recibida, por otra parte, con un p.ebiscito de fe unánime en el sentimiento cristiano de nuestro pueblo bueno. Quién creyera, Señor Rector, que en nuestra vida de encantadora fraternidad me estuvierais formando para el pastoreo de las almas! Este anillo dice de fidelidad, de distinción señorial y de compromisos que se responden en la eternidad, ante el tribunal inexorable de Dios. Guárdeme El fiel a mis promesas, déme la dignidad de príncipe de su Iglesia y la dicha de presentarme limpio ante la presencia del Dios puro. Esa fidelidad aprendida la tengo de la vuestra; mi cumplimiento del deber es reflejo del vuestro. En el decurso de nuestro convivir, ví místico báculo en vuestra mano pastoral en la guía de estas juventudes siempre íntegras, nobles siempre y amadoras de lo que tanto ama vuestra alma y si decir pudiera, más lo ama la mía: el culto a la verdad que redime, dignifica y libra.

Honorable Consejo Directivo: en veces, cuando mis deberes domésticos de esta mi casona me lo permitían, tuve el honor de participar de vuestras deliberaciones; oía la voz del ímpetu de vuestro celo Señor Rector; oía la voz de quien sabe oficiar en los altares de la justicia, el ilustre Decano de Derecho, doctor Jaramillo Barrientos; no olvidaré la precisión de la palabra, hija de la precisión de la idea, del ilustre profesor Moreno Jaramillo; servirá para mí en el servicio de Dios y del gobierno de la Iglesia santa, el celo noble de todos los decanos de las facultades por el adelanto en la idea y en el desarrollo material de las secciones por ellos presididas y no se caerá de mi memoria la dignidad, justeza y varonil recato con que los representantes de los estudiantes presentan los reclamos, ponderan en compañía de la rectoría las razones y dan un fallo unánime, el fallo de la verdad y la justicia, bajo un techo siempre abierto a todas las miradas y a todas las lumbres. Así es la Pontificia Universidad Bolivariana.

Este vuestro Decano de Bachillerato, ahora ennoblecido y conmovido por todos los dones del Espíritu Santo, quisiera hacer un desfile de cariño haciendo un comentario de persona en persona, porque a todos los quiero, porque a todos tengo que agradecer, pero sentiría reposo el corazón y fatiga vuestra atención. Perdonadme no haga lo que me pide el afecto, pero, al mismo tiempo, perdonadme si hago una excepción. Mis hermanos, mis sacerdotes, los amados de mi corazón, la nobleza de la Universidad, la razón de ser de esta grandeza espiritual, la razón de ser de este caudal de bendiciones para esta Pontificia casa de Pío XII. Dios os pague señor director del Internado los años de fraternal convivencia; sólo Dios sabe de mi profundo agradecimiento; llevo lecciones para mi vida pastoral aprendidas en vuestra sacerdotal vida y el tiempo no cortará los lazos, Padre León. Os

guarde Dios para mil triunfos ilustre señor decano de Bachillerato; tengo nexos del alma con vuestra alma: los primeros años de vuestro seminario yo los tutelé y como yo no se vivir sino para mi sacerdocio, es timbre de honor para mi, señor decano, el recordar que cuando entre incienso y en compañía de vuestro padre, de vuestra madre y de vuestros hermanos elevábais solemnemente, por primera vez, la hostia santa, yo tuve el honor de cantar en vuestra misa las grandezas de la única devoción de mi alma, el divino sacerdocio. Padre Bernal: aprecie siempre la Universidad vuestro interés por su progreso, por su integridad en la doctrina y reciban estos jóvenes el cariño y el celo que dispensáis en vuestro apostolado de alegría en medio de una juventud vigorosa y siempre gallarda. Padre Naranjo: esa vuestra euforia habitual, esa vuestra alegría de palabra y de obra, yo se a qué se debe; hay una mina interna; que me toque a mí decir cómo se explota: con sacrificios; y eso que ellos no entienden yo pretendo entenderlo; para mi todo eso se me hace sacerdotal magnanimidad; continuad ofreciendo sacrificios en estas aras siempre bien olientes de la Universidad, que el Señor os pagará cumplidamente. Reverendo Padre Jaramillo: por nexos para con mi alma debierais haber tenido la prioridad en el elogio; era yo pequeño en los claustros del Seminario y ya testigo de vuestros ejemplos y motivo de vuestras solícitas delicadezas; el nimbo de vuestros méritos como párroco, el nimbo de vuestra fraternidad espiritual con los sacerdotes y mil otros títulos os hacen venerable para mi alma pastoral. Padre Zuluaga: desde vuestra llegada a estos claustros se hizo simpática vuestra persona; yo sé la razón de esa simpatía: tenéis la inquietud de ser siempre sacerdote de cuerpo entero. La modestia del Padre Botero no me deja mirarlo; es dilecto amigo de mi corazón; ayudóme a llevar la tremenda responsabilidad del Seminario Menor cuando allá me puso la disposición de la Divina Providencia y siempre admiré la única inquietud de su alma: ser recto, tener doctrina firme y cumplir el deber desde que se sepa que es él la legítima y pura voluntad de Dios. Qué bien estás, Padre Piedrahíta, entre los clérigos de la Pontificia Universidad Bolivariana; desde largos años os conozco y ha sido motivo de mi predilección para con vos, lo que es característica de mi ser: el amor por la verdad; esa ha sido vuestra devoción, que los años la acrecienten; la verdad os hará noble para el altar, noble para la enseñanza y noble para el tribunal tremendo de Dios.

Señor Restrepo Rendón: la humildísimas palabras de este Pastor, no tendrán paridad, en esta noche, con la densidad de vuestra idea; gózome con haber dejado caer unas cuantas gotas de mi cariñoso sudor sobre el surco de vuestra vida juvenil; ya estoy viendo la cosecha, la deseó bien opima y que vuestra actitud espiritualista de ahora se perpetúe con el correr de los años; que nunca os avergoncéis de Dios ante los hombres para que tengáis la dicha de la recompensa de: Señor ante todos los hombres y por toda la eternidad.

“Dar gracias a Dios, en pública solemnidad, por tanto honor a nuestros claustros”, es la primera resolución que el Consejo Directivo ha tomado cuando pretende, sin merecerlo yo, honrarme. Haya

oído Dios esa plegaria; tórname más sacerdote; que el óleo de mi consagración, tan fresco aún, cale bien en las interioridades de mi alma, y óigalo Dios, hágame más bolivariano, porque haciéndome así me hará más sacerdote.

“Colocar un retrato al óleo del Prelado electo en el decanato de la sección de Bachillerato”. Sea mi efigie tan noble, tan modesta, despierte siempre recuerdos tan del alma, que Dios me dé la gracia de ser tácita predicación.

“Inscribir su nombre entre los fundadores insignes y hacerlo constar en este pergamino”. Qué noble es la Pontificia Universidad Bolivariana! Habéis depositado Señor Rector en ella, la nobleza de vuestra alma. Que reciban este título los que a la hora de prima y muy de madrugada, con manípulos ajados se fueron sobre el surco, cuando las aves aún no se habían levantado ni despuntaba el sol, ellos se lo merecen. Que los de hora de tercia, inquietos por trabajo, afanosos de comer y sin tener con qué sustentar hambre de esposa e hijos se hubieran lanzado fervientes a la brega y hubieran merecido el denario que merecieron tan justicieramente los del madrugón, bien explicado está. Pero yo que llego a la hora de nona, talvez a la undécima hora, cuando está florecida la era, el surco invita a la cosecha y hay segadores y hoces prevenidas y hay cantares alegres que estimulan, yo por qué merecer lo que me habéis entregado? La explicación está en la nobleza de la Universidad, la misma nobleza evangélica Sr. Rector: el padre de familias al atardecer, llamó a los trabajadores de todas las horas y como él era dueño de todos sus caudales, denario recibió el de la hora undécima y denario recibió el de la hora prima. A mí me ha tocado igual recompensa; para vosotros el honor, para mí el estímulo por hacerme merecedor del título.

“Obsequiar un cáliz precioso como ofrenda al Prelado”. Hace nada decías Señor Rector: “Pongo en manos de vuestra Excelencia el cáliz, para recuerdo de profesores y alumnos y para que al mirar la insignia bolivariana vuestra súplica se eleve ferviente al cielo en nuestro favor”. Feliz el orfebre, mejor, feliz el de la iniciativa. Cabe la copa anchurosa repleta de una sangre siempre viva, un escudo afanoso de grandeza. Mi mirada, por recogida que quiera estar, mirará sangre y copa, escudo y entusiasmo, y como mi corazón ha de vibrar con la caridad de Cristo, elevando hasta el cielo la sangre virginal, miraré la copia y catarata de bendiciones del cielo vertida sobre el cáliz, del cáliz vertida sobre la Pontificia, de la Pontificia tornada al cáliz, en acciones de gracias; y yo, humilde Pontífice de la selva, cantando siempre loores y acción de gracias al Dios bueno que hizo grande a la Pontificia Bolivariana desde su nacimiento.

Yo tengo propósito, como siempre lo he tenido en mi vida sacerdotal, de no perder mi figura espiritual allí donde aparezca. Por eso señores, no se os haga extraño que os suplique que supliquéis por mí lo que la Iglesia por mí ha suplicado y yo viviré suplicando: Dame Señor la firmeza en la fe, la constancia y el ardor en la divina caridad, la sinceridad en la paz; dame sendas de luz para mis pasos; anuncien mis palabras los bienes; hazme reconciliador en palabras y

Excmo. Sr. Guillermo Escobar Vélez

en obras; dame la dicha de prodigios por la caridad y por la paz; dame el amor a la humildad; enséñame a odiar la soberbia; nunca permitas que llame a la verdad error y al error verdad, a la luz tinieblas y a las tinieblas luz; enséñame a ser activo en las obras, pacífico en las actividades; se Tú mi fortaleza, se Tú mi autoridad, se Tú el poder de mi brazo pastoral.

Habéis dicho señor: Esta es vuestra casa, disponed!

Yo termino señor: Este es vuestro Prelado, disponed!